

Número: Historia de los conceptos: crítica cultural y educación

Editorial: El presente es un país extraño. El futuro, un país incierto

Editorial: The present is a foreign country. The future, an uncertain one

DOI:10.7203/con-cienciasocial.4.20311

Referencia

Editorial (2021). El presente es un país extraño. El futuro, un país incierto. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 4, 1-10. DOI:10.7203/con-cienciasocial.4.20311

En tiempos de desolación y desconcierto no es fácil admitir ni explicar el presente que nos acucia; tampoco resulta tarea sencilla pronunciar augurios sobre el futuro que nos espera. No obstante, ante una situación tan ardua y atribulada como la experimentada durante el año 2020 a causa de las secuelas de la pandemia de la COVID-19, es lícito preguntarse qué tipo de mudanzas cabe promover y esperar frente a los males que nos afectan. Cuando afrontamos esta pesquisa y reflexionamos sobre el cambio deseable desde una mirada crítica, nos vemos obligados a transitar desde el país de la extrañeza (echar de menos lo que nos es habitual) al país de las incertidumbres (echar en falta una seguridad ontológica). En efecto, la atípica y agobiante forma pandémica de vivir durante meses ha maniatado nuestras vidas dentro de una odiosa cárcel física y psicológica, aunque también puede y debe desencadenar otra posibilidad insospechada pero deseable de pugnar por una existencia individual y colectiva muy distinta de la sufrida antes y durante el imperio del coronavirus. Ahora bien, ya se puede maliciar que lo que nos ocurre no es un mero resultado de los efectos de un morbo vírico, porque, cada vez más en las sociedades *pancapitalistas* de nuestra época lo biológico (lo humano en tanto que ser vivo) camina de la mano de lo biopolítico, o sea, de los dispositivos

institucionales de control y moldeado de las poblaciones, cada vez más invasivos de la esfera privada de la subjetividad.

Aquí y ahora es preciso interrogarse, según se merece una encrucijada histórica como la que estamos padeciendo, sobre hasta qué punto el torbellino de vivencias nuevas e ingratas que nos acosan podría mutar en expectativas transformadoras de la realidad o, por el contrario, perseverar en meras estrategias individuales de supervivencia. Dicho de otro modo, acaso quepa plantearnos el dilema de poner colectivamente a flote y con rumbo firme el marco institucional de nuestra sociedad con la ayuda de otros damnificados, o bien saltar al agua arrojados con la protección de un flotador individual nadando desesperadamente hacia la salvación personal en medio del negro ponto de las poderosas fuerzas que rigen nuestro mundo.

¿Qué nos está sucediendo? ¿Es posible formular un diagnóstico del presente? ¿Estamos en la antesala de un nuevo tiempo o solo en la repetición cíclica de un gravísimo accidente epidemiológico? Quizá, aplicando al mundo de hoy categorías provenientes de Reinhart Koselleck, el máximo exponente de la historia conceptual, pudiera sostenerse que presenciamos tiempos históricos a caballo entre dos mundos (*Sattelzeit*), lo que siempre significa una nueva relación entre la experiencia vivida y las expectativas de futuro, que desdibujan viejos horizontes utópicos hacia una realidad abiertamente distópica. ¿Estamos en condiciones de conceptualizar adecuadamente la comparecencia de una realidad emergente y cambiante acudiendo a las viejas palabras de antaño? Para responder a tal cuestión con alguna solvencia no deberíamos olvidar que en el mundo han ocurrido, en un plazo de algo más de treinta años, sucesos como la caída del muro de Berlín en 1989, la crisis de 2008 y la actual “peste” vírica, una acumulación sucesiva de hitos, de fracturas con lo anterior, que conmovieron y quebraron los cimientos sobre los que se erigía tanto el sistema de dominación imperante como los pensamientos alternativos que pretendían luchar contra él. El aparente fin de la historia tras 1989, el triunfo del neoliberalismo y la desbandada de los movimientos emancipadores fueron interpretados como encarnaciones de un destino feliz hacia el pensamiento único y la mundialización capitalista. Pero a menudo en los asuntos humanos cuando se está a punto de conquistar el éxito sobreviene el fracaso. En el instante en el que, desde los años noventa, refulgía un inhumano modelo neoconservador dentro del nuevo periodo de desigualdad a escala universal, primero la crisis de 2008 y

después la actual han puesto en solfa ese absurdo triunfalismo de un capitalismo que, según sus defensores, funciona equilibradamente merced a unas inmutables leyes de mercado, cuando en realidad, tal como acredita su historia, se comporta como un sistema caótico ingobernable y generador de pobreza y de situaciones al límite de la destrucción de los seres humanos y del medio ambiente. Su balance de cuentas es escandaloso: hoy en día el 9,4% de la población mundial corre el riesgo de morir de hambre y las consecuencias de la COVID-19 son estremecedoras y no hacen más que acentuar una situación que ya era grave. En España 2,3 millones de personas están en riesgo de exclusión social. Al tiempo, el desastre pandémico comparece y convive con la amenaza de las amenazas: el apocalipsis medioambiental, todavía criminalmente negado por algunos de los principales oligopolios multinacionales que influyen en la vida y decisiones políticas de los principales países que hegemonizan el neoliberalismo globalizado en el presente. En este contexto, los peligros que nos acechan se presentan y sirven como un plato combinado de virus letales y descalabros ecológicos. Desde hace un tiempo, el futuro se vislumbra más como horizonte de destrucción de la especie que como realización de las pulsiones emancipadoras de los grupos humillados y oprimidos. Hemos pasado de la esperanza prometeica a la resignación apocalíptica. De ahí que interioricemos un nuevo régimen de historicidad (la relación entre pasado, presente y futuro): miramos al pasado con melancolía, al presente con inseguridad y al futuro con miedo. El miedo es la gran reserva alimenticia de las pesadillas autoritarias que podamos imaginar como consecuencia del capitalismo en tiempos de pandemia.

Ahora bien, para sobrevivir, se necesita la aquiescencia de los demás. Todo modelo de dominación busca asideros y procedimientos de legitimación. Como consecuencia de la pandemia el sistema económico reinante ha demostrado a las claras que su lógica mercantil, privatizadora e individualista de funcionamiento (como ya en cierto modo ocurrió a causa de las guerras mundiales del siglo XX) no vale para remediar las situaciones de alerta sanitaria mundial. Ninguna de las más interesantes políticas económicas y sociales practicadas para luchar contra los efectos más destructivos de la pandemia sobre el tejido social tiene nada que ver con la dogmática del capitalismo neoliberal que se impuso en los noventa del siglo pasado. No es extraño, como dice Enzo Traverso en la entrevista (“Las batallas de un historiador crítico entre la melancolía y la esperanza...”) contenida en este número de Con-Ciencia Social, que puede ser que estemos ante la posibilidad de

articular un nuevo *New Deal* a escala global. A diferencia del austericidio practicado ante la crisis de 2008, ahora se manejan políticas institucionales de gasto social y endeudamiento nunca vistas con anterioridad. Incluso el G-20 apunta tímidamente la necesidad de condonar parcialmente la deuda de los países más pobres, mientras que la Unión Europea y otros espacios geopolíticos dan paso a un inédito desembolso de recursos financieros a fin de contener la destrucción del sistema productivo, paliar el paro y suavizar otros nocivos efectos colaterales de una extraordinaria recesión económica. Más que nunca se habla de renta básica universal, de modelo social ecológico y de otras medidas que están moviendo las piezas de un tablero mundial en una dirección cuyos logros inmediatos y metas últimas representan todavía un enigma. ¿Mera cosmética para luego volver a lo mismo? Todo se verá. Empero sopla una suave brisa de esperanza en medio del inédito desfile de turbulencias que nos ha tocado presenciar.

Naturalmente, el futuro no está escrito, pero, con mayor o menor grado de conciencia, lo estamos construyendo a cada paso en la vida social. Las políticas económicas y culturales de respuesta a la pandemia van a moldear nuestro porvenir, si lo hubiere. El *totalcapitalismo* y las políticas neoliberales exhiben todas sus vergüenzas en estos momentos decisivos, cuando es inviable un modelo de acumulación de capital sin demandar una creciente intervención del Estado. Pero el Estado salvador no deja de estar rodeado de peligros de todo género. El capitalismo de Estado implica el estado de excepción (como ocurre en las guerras), o sea, autoritarismo en forma de biopoder que regula hasta el máximo detalle nuestra existencia. Podría significar también, de no concurrir otros cambios en las relaciones de poder político, un control temporal de la economía para después devolverla a las grandes corporaciones empresariales y financieras al albur de unas leyes del mercado al servicio de sus intereses. De momento, la experiencia de neointervencionismo ha resuelto muchos problemas socioeconómicos inmediatos, pero no ha podido impedir el lamentable aumento de las desigualdades de todo tipo. De modo que, más paro, control social y desigualdad abren las puertas a cualquier experiencia “antipolítica” de corte autoritario. Baste ver el auge de ciertos comportamientos de la extrema derecha posfascista subida al carro de la libertad (de llevar armas, de elegir la educación de los hijos, de deslegitimar a los poderes públicos democráticos, de renegar de la ciencia, de adoctrinar, de crear sectas, de reescribir mendazmente el pasado etc.) en España y en otros países. La secreción

de movimientos posfascista de nueva facies y la crisis de la democracia social-liberal es también una realidad ineludible. El *trumpismo*, derrotado por la mínima en Estados Unidos, no es una gripe estacional. Por su capacidad de reproducción clónica constituye una vieja/nueva pandemia.

De modo y manera que nunca el futuro estuvo tan abierto, pero tampoco en ninguna ocasión anterior percibimos que posiblemente estemos atravesando y superando el umbral de un mundo nuevo, aunque sin la seguridad de que el que dejamos sea peor que el que nos aguarda. Que sea mejor o peor, como de costumbre, dependerá de la concertación de los sujetos colectivos emancipadores, que, pasada esa ola de melancolía de izquierda, se fueron revitalizando tras el trauma del 1989 y se vieron avivados por la crisis capitalista del 2008. La fragmentación, la asistematicidad y el policentrismo de un nuevo sujeto colectivo revolucionario es un tema de palpitante actualidad en nuestro tiempo. En todo caso, sería una estúpida ingenuidad tener como horizonte una “salida digital” de la actual crisis al estilo asiático. En cambio, no sería una tontería considerar que, más allá del supuesto fin de la globalización, el éxito economicista y político de China convierta a ese capitalismo de Estado en un ejemplo, por indeseable que sea, de prosperidad y control social.

Dice Traverso en su entrevista que quizá estemos empezando a divisar un nuevo modelo antropológico, una nueva relación entre lo biológico y lo político. Quizá sí, quizá no. Lo único que parece irrefutable es que los valores y métodos del *totalcapitalismo* se han quedado obsoletos incluso para la reproducción del sistema en una situación como la presente. Como ya se mencionó, el mismo historiador sugiere que acaso sea pertinente pensar en una suerte de *New Deal* de dimensiones mundiales. Sea como fuere, a pesar de tantos repliegues identitarios y nativistas (que no son solo monopolio de la derecha), como acredita en su último libro Thomas Piketty (*Capital e ideología*, 2019) “estamos obligados a replantearnos la idea de justicia social en un marco explícitamente transnacional y mundial” (p. 60). Por lo demás, su idea de “régimen desigualitario”, que engloba la interacción de sistema político, modo de propiedad, régimen fiscal y modo de educación, nos ayuda a entender los cuatro vectores decisivos de intervención política y de lucha ideológica.

En el ámbito de lo simbólico y de crítica de la cultura y la educación se encuentra el lugar más propio de las gentes de Fedicaria. Por ello se invita a lectores

y lectoras de esta revista a participar en plataformas contrahegemónicas de pensamiento. El profesorado, como tal, puede comprenderse como un sujeto de la vida social que se coloca a muchas millas del clásico intelectual universal o del militante vinculado orgánicamente a la vanguardia del proletariado. Su tarea aquí y ahora es más modesta pero sumamente importante: elucidar desde su trabajo y competencia los resortes que permiten y facultan la opresión de clase, de género o de otro tipo. Esto es, practicar una suerte de contrapoder o de pensamiento alternativo y crítico con las lógicas de poder que imperan y atraviesan nuestro presente y que no se materializa en grandes gestas heroicas sino en pequeños gestos cotidianos de resistencia y rebeldía.

Descendamos algo más a la situación española. En el terreno ideológico, por ejemplo, un campo de intervención inmediata es la impugnación de la marea de revisionismo historiográfico que nos inunda, principalmente referida a los momentos más traumáticos de nuestra historia reciente. Baste recordar que en España el último Premio Nacional de Historia se concedió a Fernando Rey Reguillo (“Retaguardia roja...”), un conocido miembro del llamado *neorrevisionismo*, cuya última ratio estriba en la operación de introducir de matute planteamientos legitimadores del presente. Ciertamente, estos autores explícita o implícitamente tienen por meta adorar al “régimen del 78” como el más perfecto y democrático de la historia de España, denostando las imperfecciones de la Segunda República y enaltecendo los valores de la Restauración. De eso van... O sea, de algo parecido a los que, contra toda racionalidad y moralidad, pretenden salvar la reputación del rey que fuera “piloto de la Transición”. Un personaje, este último, del que no es preciso decir más en este editorial, al margen de su pertinencia a la tradición de una casa, la de los Borbones, y su crónica y delictiva relación con el país al que se supone que sirve, desde su instauración en el siglo XVIII.

Hagamos ahora solo un leve apunte a la política educativa. Cuando se escribe este editorial, noviembre de 2020, se ha aprobado en el Congreso la LOMLOE (Ley Orgánica de Modificación de la Ley Orgánica de la Educación). Se diría que para los más veteranos y veteranas de Fedicaria es como ese eterno retorno a lo mismo, que mantiene el campo de la educación como un espacio de continua repetición, eso sí, con mucha bulla y bandera, a pesar de que la tal reforma educativa no es más que un mero retoque inocuo a la lógica de funcionamiento del *modo de educación tecnocrático de masas*. Eso no quiere decir que no debamos intervenir en el debate

actual, recordando que la doble red de escolarización financiada por el Estado (la pública y la concertada) constituye una secuela del pacto constitucional agravada y legitimada por la LODE (Ley Orgánica del Derecho a la Educación de 1985) aprobada en tiempos del gobierno socialista largo de Felipe González, personaje objeto de deseo de los espacios más conservadores de la vida política española. Tal es así que actualmente se ha convertido en un lugar comúnmente aceptado, que no suele discutirse como si fuera el dogma de la santísima trinidad, que el Estado financie a colegios, en su mayoría de confesión católica, en razón de un supuesto derecho a la “libertad de elección” de los padres. Adviértase que en el espacio público se plantea como tema de disputa las condiciones y el monto de la subvención estatal a los colegios, pero no la necesidad misma de que exista tal obligación dineraria por parte de los poderes del Estado. Batalla, por el momento, perdida. En una constitución liberal democrática es perfectamente comprensible que se acepte la existencia de empresas privadas en la educación, si bien de ninguna manera de ahí se colige que deban ser subvencionadas a cargo del erario público. En el fondo, se trata de un pálido eco del viejo poder detentado por la Iglesia católica. Ya en 1845 el ilustre reformador que generalizó en España los institutos de segunda enseñanza, Antonio Gil de Zárate, sabía que entregar la enseñanza al clero era “hacer soberano al que no debe serlo” (*De la Instrucción Pública en España*, I, 1845, p. 118). Este insigne político liberal centrista era un liberal, pero de esa estirpe de políticos liberales incapaces de servir a dos señores. De esos ya no quedan. El conocimiento del liberalismo es una asignatura pendiente de los sedicentes liberales hispanos de hoy (por no hablar de la Iglesia, que entonces lo consideró pecado).

PRESENTACIÓN DEL CONTENIDO DEL NÚMERO

El tema del año elegido, *historia de los conceptos, crítica cultural y educación*, se preparó como una invitación a la reflexión en torno a una tradición historiográfica con una fuerte veta conservadora, pero que, al mismo tiempo y bien empleada, presenta un potencial crítico notable. Enzo Traverso, quien considera la historia conceptual como un aporte fundamental a la historiografía, necesaria, entre otras cuestiones, para “*deconstruir* las palabras a través de las cuales se hace historia, y sus actores las conciben y representan”. De tal manera que es preciso “saber de dónde vienen los conceptos que usamos y por qué usamos éstos y no otros”

(Traverso, 2017: 21). Especialmente en tiempos tan inciertos como los descritos a lo largo de estas páginas.

De este modo, en la idea de buscar la conexión entre pasado y presente y la historia de los conceptos como un hilo articulador del tratamiento de los conceptos políticos en la educación se encuentra el artículo de Aurora Rivière. La autora presenta esta tradición historiográfica como un campo de estudio propicio para la formación de ciudadanía crítica. Cabe la reflexión, planteada desde Fedicaria, de hasta qué punto esta idea de crítica constituye un adorno propio del neolenguaje educativo, o bien un método, forjado y fundamentado en la tradición de los filósofos de Frankfurt, capaz de abrir una grieta en el muro de los sistemas educativos neoliberales y sus lógicas pedagógicas.

Fernando Crespo, por su parte, se pone manos a la obra en su aplicación y bucea en la consideración del concepto de paisaje como sistema socioambiental; incluyendo la dimensión ecosocial del territorio. Establece una llamada para la educación como reclamo en ese desarrollo de ciudadanía comprometida con el medio ambiente. Y, del mismo modo, nos permitimos plantear algunas dudas: ¿Hasta qué punto podría lograrse esta meta sin impugnar la racionalidad ecológica capitalista? ¿Es el currículo, tal y como está planteado, un espacio propicio para ello? ¿Qué cambios en el sistema educativo serían pertinentes para lograrlo?

Ejercicio similar hace Carlos Píriz, gran conocedor del quintacolumnismo y del contexto que antecede a la Guerra de España, un concepto novedoso que revisa, modifica y amplía con buen tino la vieja idea de Guerra civil, erigiendo nuevos horizontes de reflexión respecto de nuestro pasado traumático recientes. Novedades y aportaciones historiográficas que necesariamente deben introducirse y actualizar nuestra práctica cotidiana como docentes, así como los contenidos que impartimos en el aula. Mostrándonos también, por otro lado, que no todos los revisionismos son necesariamente negativos, idea controvertida defendida también por Enzo Traverso.

A conversar con él nos acercamos de forma virtual inmersos en la primera ola de la pandemia. Y encontramos, al otro lado del Atlántico, a un gigante intelectual, casi con toda seguridad uno de los historiadores vivos más importantes, quien nos atendió de manera cercana y sin prisa. Asunto de agradecer públicamente en tiempos atravesados por una Academia a menudo más ocupada del beneficio que del oficio. Su ejemplo nos muestra que, dentro del *habitus* y *campos* profesionales, también se puede triunfar sin someterse. Las izquierdas historiográficas muestran en

la obra de este autor, una buena salud envidiable. Y sus aportaciones suponen siempre un hálito de ilusión y lucidez en un presente extraño. Los resultados de esta conversación fueron volcados en forma de entrevista en la que pudimos hablar no solamente de historiografía, política y educación, sino de las posibilidades de la izquierda en un espacio que transita entre la melancolía y la esperanza. Suscribimos las ideas principales que este autor defiende y solamente nos cabe la añoranza de que la voluntad de su optimismo, fundado en la gramsciana idea del pesimismo de la inteligencia, sea capaz de anticipar asuntos que únicamente son capaces de ver las mentes más lúcidas. Y que estos tomen preferentemente el camino de la razón frente a la barbarie. Nos va en ello el futuro de las generaciones venideras, de la especie humana y la vida en el planeta tal y como ha sido concebida, o mejor dicho, como no ha sido concebida hasta el presente.

Respecto a los apuntes críticos, desde Fedicaria nos congratulamos por haber podido consolidar un espacio misceláneo y crítico, en el que investigadores solventes y emergentes tienen la posibilidad de intercambiar sus preocupaciones y compartir experiencias, no necesariamente académicas. Así, José María Rozada piensa la función docente desde un enfoque concienzudo fruto de una trayectoria larga y muy creativa, a diferencia de Miguel Salinas, profesor novel que mantiene una posición más optimista. No se trata necesariamente de un pecado de juventud y creemos que estos cruces generacionales son ricos y nos hacen crecer como colectivo, de manera que estamos proyectando encuentros en esta línea para próximos números. Del mismo modo que lo haremos respecto del feminismo, campo de estudio que trataremos de ir integrando de manera más interseccionada en el bagaje temático fedicariano, como una carencia que estamos intentando remediar. Vaya por delante el apunte de M. Engracia Martín en torno a la obra de Gerda Lerner.

Sobre revisionismos historiográficos y pasados traumáticos se sitúan las aportaciones de Álvaro Castro, Raimundo Cuesta y Fernando Hernández Sánchez, que muestran que el debate contemporaneísta sobre los hechos matriciales de la historia europea, con especial énfasis en el caso español, es un espacio que suscita indudable interés, así como debates que necesitan ser divulgados y actualizados tanto en las aulas como en el espacio público. Frank Molano y Guillermo Castán complementan este espacio, recordándonos a Mariátegui y las verdades sospechosas que, en un mundo atravesado por una crisis pandémica sin

Editorial, El presente es un país extraño. El futuro...
precedentes, nos evoca el apotegma que figura en el grabado número 43 de los
Caprichos de Goya: “El sueño de la razón produce monstruos”.